

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1927 Sábado 15 de Enero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO Con Jorge Brandes, por Clair Price.—Los extranjeros lo que quieren es la tierra, por Federico Llaverías.—No nos descas-
tes, por Hernán Zamora Elizondo.—Señas de escritores.—Informe que presentó a la Sociedad Económica de Amigos del País,
et Concluye.—La estimación extranjera.—Salvador Díaz Mirón, por Rafael Cardona.—Elogio de los Elogios de Maragall, por
R. Albert Arrieta.—Don Salvador Díaz Mirón, por Flavio Guillén.—El buen ejemplo.—Bibliografía titular.—Dos cantos de
Lafra, por Agustín Acosta.—Tres personas distintas y una sola verdadera, por Santiago Argüello.—Jesús, un mito, por Rómulo
Tr.—L'EDAD DE ORO. (Con lecturas para niños).

Copenhagen.

En un día de la puerta, en el ter-
cer de una casa de alqui-
er, en S. Boulevard en 27, hay
na borna de bronce que
stenta el nombre de Brandes. El
nismo Brandes a quien Clemen-
eau, al inicio de la guerra, di-
gigió su famosa carta *Adiós, Bran-
des*. El hombre que habita ese mo-
desto apartamento es un europeo
que ha regresado a Europa.

Situado encima de la obra
mecánica es Clemenceaus, re-
presenta la leyenda casi olvidada
de «el buen europeo». Su tragedia
y la nueva Europa, de
cuyas ideas es el crítico domi-
nante y por cincuenta años,
apenas existe. Ha sido eclipsa-
da por el saqueo de nacionali-
dades que acuden más
prontamente a las armas que a las
ideas.

«Europa», clama. «¿Existe aún
la idea de Europa? Tenemos en
las ciencias la civilización euro-
pea, pero discutible si existe
una cultura europea. Ya no se
considera como el saber. Hoy
se alaban las simplezas y las es-
tupideces. Las naciones se tienen
aversión. Las clases, los partidos
políticos, las religiones se
tienen más desconfianza. La jus-
ticia sigue un ideal. El Pa-
lacio de la Haya perma-
nece vacío. El demonio
que nos domina es la guerra
mundial y sus consecuencias.

«A esto se arrastrado el nacionalismo.
Los nombres en el mapa, que deben estar
por encendido cambio, han comenzado
a borrarse. La patria ha sido sustituida por
Oslo, un nombre que no puede pronunciar
ni un francés ni un ruso. Y Petersburgo, ¿cómo la lla-
man hoy? ¿Europa, como tal, salvada
para la Prusia?»

Se inclina un anciano, cansado y
desfallecido y exclama: «Esperémoslo así».
Así es Jorge Brandes. No es un hom-



Con Jorge Brandes

bre fácil de entrevistar, porque siendo el
europeo que es, piensa y habla en las len-
guas mayores de su Continente, deslizán-
dose constantemente de una lengua a otra,
saltando sus palabras en un torrente de
francés, alemán, inglés. Tiene ochenta y
cinco años. Su cabello blanco está un poco
más ralo, pero aún se arquea por detrás de
su ancha frente en dos penachos. El bigote
se dobla delgado en las extremidades de
su labio inferior; sobre su barba hay un

menudo mechoncito. Tiene muchas
más arrugas que antes. Pero el
antiguo fuego arde todavía.

En el movimiento de su cejas
cuando habla, en la expresión se-
vera de su boca cuando las ideas
bullentes toman forma, en el juego
de sus brazos, y sobre todo en el
empuje repentino de su brazo de-
recho y de su largo índice cuando
sorprende un nombre fugaz y lo
hace salir en una explosión de
vehemencia, en todas estas cosas
está el genio peculiar de un hom-
bre que ha gastado cincuenta años
luchando por la libertad intelec-
tual.

Estaba vestido con el sombrío tra-
je del período del que es un sobrevi-
viente: corbata negra, casaca negra,
puños redondos. Es en su estudio,
y nada más que allí, en donde es
completo su retrato; porque es en
el mundo internacional de las ideas
en donde se ha convertido en la
personificación del ideal nietzschi-
ano del «buen europeo». Sentado
el otro día con cuatro paredes de
libros en derredor; junto a una
mesa apiñada de libros hasta buena
altura; frente a un escritorio de-
sordenado, de libros y magazines
todavía con sus embalajes, su vi-
sitante casi podía oír la rotación
distante de las prensas tipográ-
ficas de los rincones de Europa,
el débil y lejano ruido de cientos
de editores enviándole miles de
libros con millones de páginas, la
mayor parte de ellas sin cortar.
Sin embargo, las páginas no per-

manecen en el estudio de Brandes mucho
tiempo sin cortar. Es tal la inquieta energía
que él mantiene de frente en el incesante
flujo de literatura de toda Europa. Las
fronteras sofocarían a un hombre semejante.
Toma por el brazo a su visitante y lo
conduce a la mesa apiñada de volúmenes
franceses, alemanes, noruegos, suecos, dan-
neses, italianos, rusos, ingleses. «Por correc-
de la mañana me llegaron solamente cin-
cuenta y nueve», exclama,